

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

29

Ricardo Jáuregui Urigüen

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1961

RICARDO JAUREGUI URIGÜEN

Romántico, romántico en el más puro y hondo sentido... Romántico, es decir, soñador no solamente de toda la belleza visible, sino de aquella otra que tiene sus bellos mundos sumergidos en el alma...

Podrá decirse lo que se quiera de escuelas poéticas y literarias... Podrá ponderarse cuanto se quiera las nuevas formas... Pero sólo el Romanticismo, como estado esencial del alma, dió al creador su más íntima e inmortal personalidad, y sólo por él el creador pudo decir una plabra que no se apagará jamás...

Al Romanticismo le fue dado en totalidad asombrosa el don contemplativo y expresivo, y no sólo de aquello con que sueña el corazón de la naturaleza y el corazón del mundo, sino de lo cósmico, de los universos incógnitos, del palpitar sagrado que originó y mantiene una mano todopoderosa latente más allá del tiempo y del espacio...

Ricardo Jáuregui Urigüen es así: soñador, romántico y, sobre todo, apasionado... Porque ésta es otra virtud del Romanticismo: la pasión, la suprema pa-

sión que florece aun donde parecía no poder ser flor alguna y crea esa individualidad definidora de lo divino en el hombre . . .

Así este romántico, así este Poeta de la apasionada palabra . . . Desde su bella tristeza surge esa lírica pura y de pura esencia emocional, diciendo cosas del sentir y del sufrir, identificando el dolor como única fuente de la belleza, encontrando, a veces, en las páginas tristísimas del *Eclesiastés* presencia de ceniza, pero sabiendo que esa ceniza fue alma de fuego y puede ser nuevamente milagro de fuego por el íntimo mandato profundo . . .

Ricardo Jáuregui Urigüen ve, comprende y ama la belleza, que no es sino la víspera de lo triste en seres y cosas . . . Comprende, sí, comprende, que ésta es otra de las virtudes del Romanticismo: comprender, es decir, penetrar, hundirse, comulgar . . . Sólo así puede hallar naturaleza y sentimientos, sólo así puede descubrir, que no es enumerar, sino interpretar en toda sutilidad la verdad existente en lo visible e invisible, en lo que miran las pupilas o en aquello por cuya inefable ausencia lloran las pupilas . . . Por este sentido de penetración le fue concedido el don mayor de poder destruir los pasados y ver el acontecer de los tiempos en esa "TRAGEDIA UNIVERSAL" tan llena de temblores sobrehumanos . . . Vió y dijo lo que va del hombre a las edades y lo que de las edades viene al hombre: tragedia, tristeza, patetismo en acción o soterrado patetismo espíritu adentro de los pueblos . . . Que no hemos venido a tierra para hallar los falsos paraísos, llámense como quiera, sino para tener la suficiente grandeza de alma como para hacer de nuestro dolor la luz . . .

Ricardo Jáuregui Urigüen: cuencano y romántico... He aquí dos títulos muy altos para dar a su figura actualidad y perennidad... Su voz llena de sinceridad, su voz llena de pasión, su voz llena de gemidos de tierra o de oraciones para encender estrellas, no puede apagarse jamás...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

PAGANINI

Es grande aunque infeliz! Apolo rubio,
cantó en la soledad: ¡nadie le escuchal!
La fragorosa llama del Vesubio,
la voz del mar que tormentoso lucha,

hasta el vago rumor de lo sublime
la muchedumbre admira, oye en su canto:
¡EL DEMONIO! prorrumpe, tiembla y gime
y huye del genio con horror y espanto.

Huye del genio! Y él que, en su indigencia,
pulsaba el áureo violín —moderno Apolo—
soñando conquistarse una existencia
de honor, dicha y placer, quedóse solo.

Solo quedó! La fama le reviste
de un harapo de luz, como sudario...
¡Todo lo grande es silencioso y triste!
Lo infinito es medroso y solitario!

II

Con las sombras, en la húmeda ribera,
errante y pobre, cual la madre luna,
vibra el arco y, en nota plañidera,
lamenta el cruel rigor de su fortuna.

Primero es un rumor tímido y suave,
luego un rugido que en la noche estalla.
¡Clamor de tempestad y trino de ave
lo escucha el Golfo que asombrado calla!

Ah! ese átomo de luz se agranda y crece,
como un astro de excelsas claridades.
Se eleva! Tras la nube desaparece
y estalla en cadenciosas tempestades!

Llénase el cielo de sorpresa y pasmo
y se inebrian los mundos de armonía...
¡Mas ya surge la aurora y —cruel sarcasmo—
un mendigo otra vez alumbra el día!

Así esas flores —sensitivas flores—
que a las umbrias dan el casto aroma,
si ostentan con la tarde sus primores,
se inclinan mustias, cuando el sol asoma!

Qué sólo está! Su genio se reviste
de un harapo de luz, como sudario...
¡Todo lo grande es silencioso y triste!
Lo infinito es medroso y solitario!

III

Una tarde de horror —aciaga tarde—
sintiendo el pobre, desvalido anciano
que voraz fiebre en sus arterias arde,
pide una tumba; ¡mas la pide en vano!

¿En dónde duerme? Una enlutada huesa
ha podido también negarle el hombre?
Si de aquel astro de inmortal belleza
no quedará en la tierra más que un nombre?

Ah! nunca el mundo para el genio tiene
hogar ni dicha, compasión ni gloria!
Angel proscrito que del Cielo viene,
su galardón recógelo en la historia!

AMOR

Es vigilante dios y atisba atento,
al resonar el matutino coro,
gobierna el ala rápida del viento
y en la tierra, la mar y el firmamento
restalla el arco de oro.

Sus dardos hieren! Mas, del pecho herido,
brotó el placer. ¡Así en la tumba brota—
protesta de la muerte y del olvido—
el verde musgo de perfume henchido,
O BROTA MIRRA DE CORTEZA ROTA!

El Universo rige y señorea...
Ah! no hay ventura que el Amor no labre!
Fecunda el noble germen de la idea;
con la esperanza el ánimo recrea:
¡ya blancas rosas en las tumbas abre!

Crisálida del Bien, sonrie y llora:
¡nido en el alma de la madre tienel
El ala triunfadora
despliega al astro de la eterna aurora:
¡cargada de oro de los cielos viene!

La destrenzada rubia cabellera
riza en la ebúrnea frente.
Enciende el sol de la ilusión primera
y enflora, como rica primavera,
el corazón del tierno adolescente.

En el arpa es canción, en la paloma
dulce arrullo, concierto en la mañana
y en el capullo virginal aroma;
en Troya incendio, religión en Roma...
¡Vergüenza y gloria de la estirpe humana!

IDILO

I

Declina el sol! La tarde en el vacío
por luminosa senda se abre paso.
Calma en los valles y en las cumbres frío...
¡Sólo mi dulce amor no tiene ocaso!

Oh! tú, mi único dueño, ven conmigo:
en mi orfandad tu compasión reclamo.
¡El ala de tu amor deme su abrigo
en estas soledades en que te amo!

Ven y preside la apacible escena
que inebria el alma de íntimo alborozo,
aquí, donde la atmósfera es serena,
cristalino el raudal y el campo hermoso.

No paca aquí la pérfida alimaña
ni indómito corcel o cabra arisca.
Tañe el pastor su flauta en la cabaña
y el corderillo en la pradera trisca.

El retamal en flor, la espiga rubia
cubren de oro la pampa y la ribera.
¡Tras tibio sol, la refrescante lluvial
Dios en los surcos, en la mies, en la era!...

II

Fue pobre esta heredad de mis mayores...
 Fecundó el yermo mi afanar prolijo;
 mi propia sangre matizó las flores...
 ¡Copioso fruto dá! Dios la bendijo!

Y soy feliz! Mi madre idolatrada,
 eterno amor de la existencia mia,
 mira surgir espléndida alborada
 tras la deshecha tempestad bravia.

Aqui mi hermana— compañera tierna
 que mi dolor a sus dolores junta,
 en oración sencilla se prosterna
 en la llanura, do la mies despunta.

Hasta la honda caverna sabe luego
 responder generosa a mi reclamo.
 Si digo; TE AMO! en fervoroso ruego,
 con sus ecos me dice: TE AMO!, TE AMO!

III

Por qué tardas, mi amor? El panorama
luce sus pompas y a gozar convida.
Perlado arpegio vibra en cada rama:
¡jarrullos de torcaz! Himnos de vida!

El manso río sosegado lleva
su abundoso caudal de nivea espuma
al valle fecundado por la esteva:
¡búcaro inmenso bajo tul de bruma!

En la choza feliz, desde la playa,
junto al hogar de granzas encendido,
el labriego sus mieses atalaya
y azuza al perro en el umbral tendido.

Como acorde de un himno funerario,
COMO TRISTE GEMIDO DE OTRO MUNDO,
el ANGELUS del viejo campanario
repercute en el ámbito profundo.

Desde la cima, el cóndor atrevido
arranca y hiende soledades hondas;
busca en los setos el gorrión su nido
y el viento duerme en las temblantes frondas.

Después... inunda plácido sosiego;
el iris borda la opalina esfera
y el horizonte, como mar de fuego,
parece el trono donde Dios impera.

IV

Liliana, ven! La errante golondrina,
ya el nido labra en mi olvidado alero,
y un hilo de cristales, cuando trina,
desgrana en el frondal del limonero.

V

Es primavera! La sonante brisa
que a mi vergel murmurios da y fresca,
mientras mi suelta cabellera riza;
AMAD!, AMAD!, a mi redor murmura.

VI

Vivo en las dichas del hogar soñando.
Me dan mis trigos pan, miel mis abejas
y, para ti, me ofrece un nido blanco
el nevado vellón de mis ovejas.

VII

Aquí, en la augusta soledad del campo,
te sueña el alma entre las flores sola...
¡Flor entreabierto de mi amor al tiempo,
en mi heredad despliega tu corola!

EN LA HEREDAD PATERNA

La estrella precursora
de ansiada primavera
ya surge en el oriente
de mi última ilusión.
Se entreabren los capullos
que la ilusión primera
nutrió con sangre pura
del virgen corazón.

Renacen mis ensueños,
como explosión de auroras,
del alma en la profunda,
la inmensa soledad.
Edén de mis recuerdos,
encanto de mis horas,
con rosas de otro idilio
se cubre mi heredad.

Derrama en las campiñas
el sol su ardiente llama
y al firmamento asciende
POR SENDAS DE TURQUI.
La tierra en flor su aroma,
su púrpura derrama:
¡se abraza con la tierra,
vencido, el cielo, aquí!

Y trisca en las praderas
el corderillo arisco
—idílicas praderas,
jardines de ilusión—.
Se elevan los hogares
en floreciente risco
y en cada hogar indiano
florece un corazón.

Resuena en la hondonada
la gemebunda quena
y el jilguerillo trina
y arrulla la torcaz...
Rumor profundo y vago
las soledades llena:
¡sagrado himno sublime
de dicha, amor y paz!

Oh! soledad dichosa!
Risueño panorama!
¡Montañas siempre azules
en donde yo nací!...
Detrás de mí?, las brumas,
la tempestad que brama,
y aquí la paz y el gozo,
y el bien y Dios, aquí!

Aquí, do sollozando
mi corazón esconde
sus últimos ensueños,
sus lágrimas también.
¡Cargada de infortunios,
se asila el alma en donde
parece que el olvido
le está diciendo: VEN!

Aquí do a mis gemidos
de insólita amargura
mi santa madre acude
con inefable voz.
Aquí reina la dicha:
que aquí, mi bien —murmura—
la calma nos circunda
y en ella habita Dios!

Presagio de bonanza,
mi estrella vespertina
derrama aquí su pura,
su cariñosa luz.
Enciende mi esperanza,
naciendo en la colina,
que dulce tarde envuelve
con místico capuz.

CRESPO TORAL

En su Apoteosis

Parece un dios! Su majestuosa lira
es como un sol que gira
en órbita de niveas claridades.
Su voz un grito —clamoroso grito—
es voz de lo infinito:
deplora las humanas tempestades!

Desde la cumbre, como excelsa cumbre,
un torrente de lumbre
derrama en la honda inmensidad. Su genio
buscó en lo grande y lo intangible el nido:
¡que al nùmen siempre ha sido
todo lo arcano redentor proscenio!

En piélagos gigante de armonia
surgió, cual surge el dia
en la insondable Eternidad. La nada
del canto redimio de los amores;
¡pues canta los primores
de otros idilios de pasión sagrada!

Y así su egregio, su inmortal Poema,
es áurea diadema
de la Reina de Amor.

¡Y ella que tiñe
de oro los cielos, que perennes astros
deja a su pie, cual rastros,
oh! Bardo, tu himno, como un lauro, ciñel

De un alma inmensa, como inmenso abismo,
con luz de patriotismo,
sondeó los senos... ¡Otra vez la aurora
de Libertad prendió!... Mas, gemebundo,
del redimido mundo
la libertad desenfrenada llora...

Y de América en nombre, ese gigante,
a través del Atlante,
a España estrecha en perdurable abrazo.
Onda copiosa de otra luz le baña...
Ah!, como el sol de España,
jamás su genio ha de encontrar ocaso!

Sangre de dioses, corazón de niño,
rindiéndose al cariño
del pobre, llanto de piedad derrama...
¡Su llanto riega la inmortal corona
y —raudal de Helicóna—
puede apagar la sed que el mundo inflama!

La noble sed de Caridad!, el numen,
desde el grandioso culmen,
midió el espacio... Del HONOR finito
halló la pobre, fementida gala,
y halló en la Cruz del ala:
¡la única ala que surca lo infinito!

LLORA, NIÑA

¿Por qué tus ojos a llorar se niegan?
Profundos como el cielo, como el mar,
el cielo hermoso en su cristal reflejan:
¡piélagos de infinita claridad!

Ay! siempre abiertos esos ojos tuyos
y abrasadores, como el rojo sol,
con su fuego calcinan otro mundo:
ese inflamado mundo del amor!

Tus ojos tan profundos, tan serenos,
encierran una vasta soledad.
En su cielo no hay brumas... ¡Tengo miedo
de ese abismo... de ese hondo más allá!...

RIES? ...

Como revienta en la nevada cima
del sol que nace la dorada luz,
asi estalla en tu rostro la sonrisa ...
¡Cuán dichosa eres tú!

Y así como su arpegio cristalino
en la rosa desgrana el ruiseñor,
tu carcajada vibra, dueño mio,
en este corazón.

Mas ay! yo lloro cuando tú sonries:
¡ese llanto tus flores riega ya!
Y pues la risa de tus quince abriles
es aire y nada más! ...

EL LIBRO

EL DIOS!, EL DIOS!... la muchedumbre exclama,
cuando inspirada a la Sibila ve.
Fuego del Dios su corazón inflama...
¿No será dios el corazón también?

La diosa habló!... Su prodigiosa frase
escúchase en el Antro resonar,
y esa su frase es como un sol que nace
del Futuro en la inmensa oscuridad...

Forzó al Destino de torvado ceño
y el profundo secreto le arrancó...
¡Ya el hombre así de su destino es dueño;
los viejos hados ya fantasmas son!

Diosa inmortal del bello Paganismo,
parece que aún conserva su poder.
¡Antro sagrado, luminoso abismo,
todo en el Libro, como en Dios, se ve!

Cual la Sibila, lo comprende todo
quien al estudio su existencia dá...
Oh! frágil grumo de falacia y lodo,
por el Libro te yergues inmortal!

ASCIENDE

Oh! Niña! en este mar de la amargura
zozobra el barco del ensueño leve...
La nube se hace fango en la llanura:
¡sólo en la cumbre se transforma en nieve!

Asciende! Hay lumbré en lo infinito arcano
y nunca el ángel desde el cielo rueda...
¡Quién se arrastra en la tierra es un gusano
y envuelto en polvo de las tumbas queda!

Asciende ya! La virgen y el capullo
hollados mueren en la humana orgía.
¡Ascender sobre el fango, no es orgullo:
es virtud y grandeza, vida mía!

LLONA

Ciclón de luz, soberbio y majestuoso,
del corazón cayó del Infinito...
En la Sombra, batalla sin reposo,
mordiéndola cadena de precito.

De este abismo de horrores, el coloso,
lleva a la Eternidad la voz, el grito,
y conmueve su acento prodigioso
la honda noche del Báratro maldito.

Interroga, lanzando un anatema,
y arroja, como piedras, al Eterno
las estrofas de luz de su Poema.

Llora a torrentes, como el hosco Invierno;
mas no apaga el ardor que el mundo quema...
¡El mundo es siempre el mismo: es el Infierno!

SONETO

¿Tal vez pregunta por tu amor bendito
ese idioma de luz de tu mirada,
contemplando en la bóveda estrellada
el sublime esplendor del Infinito?...

Ah! no despierte tu ardoroso grito
de los recuerdos la implacable oleada!
De tu amante infeliz, tumba callada
sea tu pobre corazón marchito!

Paloma amante, tu inocencia ignora
que no del Cielo la piedad redime
a quien a gritos su dolencia llora.

¡Sólo apaga el ardor de la amargura
quien resignado y en silencio gime,
o el hondo cáliz de la muerte apura!...

CREPUSCULAR

¡Huye! —dije— Mi suerte maldecida,
cual mar sin fondo, con gigantes olas
ha devorado cuanto amé en la vida...
¡Déjame el alma con su pena a solas!

Mas, Ella respondiome: —Como herida,
porque eres ruina, vengo a darte abrigo.
Tu pena inmensa a mi pasión no arredra:
¡te amo y anhelo padecer contigo!...

Oh! fútil pompa de olvidado leño
que agreste musgo reverdece un día!
Oh! Amor, divina vanidad de un sueño
que enflora el alma y al Edén nos guía!...

Como a conjuro celestial, aquella
tarde rendime a su pasión, cobarde.
Ella, en mi horrible soledad fue estrella;
¡mas fue la estrella que anunció mi tarde!...

CARMELITA

I

¡Dejad, dejad que pulse el desdichado
la santa lira del amor! Consuelo
de la vida es su CANTO NO ACABADO...
¡Dejad que, recordando su pasado,
la gloria ensalce del nativo suelo!

II

Bardo que canta a la aflicción se entrega.
¿Quién sin congojas a la cumbre llega?
¡Pero es muy grato refrenar la vida
y, desde el mar de llanto en que se brega,
tornar al seno de otra edad querida!

III

Derramaban las aves en su trino
raudales de pasión. En la espesura
rodaba aroma el viento campesino;
recamaban las rosas el camino:
¡era un edén en flor la nivea altura!...

IV

Primavera de ayer! evoco en vano
en mi triste orfandad tu luz risueña.
Es inmensa crueldad, tormento insano
la vida sin amor: ¡el ser humano
sólo es dichoso cuando el alma sueña!

V

Escucha —dije— mi pasión hostiga
 tu cruel rigor que mis ensueños mata.
 Olvida mi infortunio, dulce amiga:
 ¡la horrible pena y la ansiedad mitiga
 de este mi mártir corazón, ingrata!

VI

Virgen sin mancha, inaccesible diosa,
 no conjuró mi ardiente y loco anhelo.
 Sombria y muda, pero siempre hermosa,
 cubrió de llanto su mejilla rosa:
 ¡copioso llanto que escondió mi cielo!

VII

—Llora y cultada mi dolencia mira:
 ¡quién no ama —murmuró— no sufre y llora!—
 Ay! mi alma —frágil y olvidada lira
 que hoy el recuerdo de ese bien inspira—
 se inebrió de ese llanto, soñadoral...

VIII

Y de Ella en pos, buscando su mirada,
 en torno de su hogar vagaba errante
 al asomar la fúlgida alborada;
 al declinar del astro rutilante,
 y en la noche de estrellas recamada.

IX

Otras veces —celeste desvario—
devorando mis locas ansiedades,
dejábame correr sin albedrío,
o derramaba el pensamiento mío
de la Patria en las dulces soledades.

X

Sereno el cielo; la extensión profunda
gigante mar de luz, que en linde arcana,
mundos tras mundos de verdor circunda,
y Dios que todo con su amor lo inunda...
¡Cuanta gloria en la tierra americana!

XI

Allí, en el seno de feraz llanura,
mansión de ensueños y jardín de amores,
la mansa brisa en el frontal murmura.
¡La apacible, la mágica verdura
cubre un manto de espigas y de flores!

XII

Allá, en la cumbre de montañas de oro,
se enciende el sol y, mientras el sonoro
raudal se lanza del peñón rugiendo,
de lo infinito inimitable coro,
retumba el trueno del volcán horrendo.

XIII

Mas donde quiera: ya en el hondo llano;
ya en la ardua cumbre o la escondida aldea,
reinando sobre un mundo soberano,
se alza la Cruz: ¡que el genio americano
da a la gloria su ardor y a Dios su idea!

XIV

Su brazo hiende la impasible roca
y arranca el oro de la férrea entraña;
heroico, el trono secular derroca
y abate el polvo cuanta cumbre toca:
¡que roban luz el trono y la montaña!

XV

Mas, fija tiene la mirada ardiente
en la profunda inmensidad del cielo,
de honor y dicha perdurable fuente.
El Cielo busca en su afanar doliente:
¡conquista el Cielo su incansable anhelo!

XVI

El Cielo, sí! La voz del campanario
—himno de gloria o canto funerario—
despierta al labrador; en la faena
de mística esperanza su alma llena:
¡la augusta soledad es un santuario!

XVII

¡Tierra de bendición en que, radiosa,
vierte la esquivo Libertad su lumbre!
Sagrado templo en que el Amor reposa!...
¡Búcaro el valle, de jazmin y rosa:
perenne antorcha, la nevada cumbre!

XVIII

Entre juncos y sauces duerme el río
o el pie del monte cristalino abraza,
Ya serpentea bramador, sombrío,
en la ancha quiebra del peñón bravo:
¡salta al abismo, se retuerce y pasa!

XIX

Roba en la margen la ingeniosa valla
nitida linfa que murmura leda
y al derramarse en los maizales calla,
o en la pujante, fragorosa rueda
en crespas espumas tumultuosa estalla.

XX

De la humana razón gloria y portento,
cruza los aires, donduciendo el rayo,
transformando en divino pensamiento,
hilo sutil que, en prodigioso ensayo,
puede enlazar la tierra al firmamento...

XXI

No el soberbio palacio de los reyes
ávidos miran los humanos ojos...
¡La choza aquí; la cerca de magueyes,
que guarda el sueño de los tardos bueyes,
se ven, cubiertas de geranios rojos!

XXII

Frondosos huertos, blancas heredades
la falda bordan del excelso monte:
¡reflector de sidéreas claridades;
escudo de las roncadas tempestades
que ennegrecen el fúlgido horizonte!

XXIII

Y en donde quiera el sol americano,
tras refrescante, bienhechora lluvia,
presta vigor al corazón humano,
sazona el róseo fruto del manzano
y el oro vivo de la espiga rubia.

XXIV

Con pompa inmensa, el retamal florece,
y en esa tierra en flor, la blanca oveja
preciado lirio de otro edén parece.
La lontananza gris, que languidece,
con la nostalgia de la luz se queja...

XXV

Al rojo fuego abrasador de estío,
 se asilan arrullando las torcaces,
 allá, en las grietas del peñón sombrío,
 y bandadas de cuervos montaraces
 cobija el alisar del manso río.

XXVI

La virgen india, en plácida fontana,
 lava su corto zagalejo ufana
 y humedece la oscura cabellera.
 El fuerte mozo, de feraz besana,
 la mies transporta y acumula en la era.

XXVII

Ese rumor jadeante del trabajo
 la cumbre arrulla y el profundo tajo.
 En la risueña, florecida pampa,
 las raíces corta —bienhechor destajo—
 el diestro golpe de la férrea lampa.

XXVIII

Generoso bridón, en su carrera,
 lanza en ondas el polvo del camino
 o trisca alegre en la gentil pradera,
 y ágil lebrel, que reducirlo espera,
 mueve en torno impetuoso torbellino.

XXIX

Es ya de tarde! En el andino suelo,
 ¡qué dulce paz! En el profundo cielo
 flotan los grumos de la blanca niebla,
 y el sol que muere, con amante anhelo,
 de rosas de oro los espacios puebla.

XXX

¡Aquí es la creación arpa sublime
 que en los profundos ámbitos suspira
 el himno del Trabajo que redime!...
 El silencio murmura, el viento gime:
 ¡aquí es la tierra perfumada lira!

XXXI

El humo del hogar, como paloma,
 al cielo se alza en fêrvido reclamo...
 ¡Cuando el sol muere, cuando el sol asoma,
 la brisa esparce el generoso aroma
 del verde musgo y el pomposo ramol

XXXII

¡Tranquilo edén de mi ilusión perdida,
 qué placer embriagárame en tu seno
 si, restañada la profunda herida,
 recuerdo amargo, cual sutil veneno,
 no consumiera mi cansada vida!

XXXIII

Era en la aurora de un naciente Mayo.
Ala radiosa de inmortal querube
que emprende el vuelo en luminoso ensayo,*
de un sol de pompa el reluciente rayo
bordaba el iris en la blanca nube.

Al templo fui! Mi corazón, creyente,
—flor de sangre que apenas se entreabria—
quise ofrecer en el altar luciente
de la Reina de Amor: ¡Virgen clemente
que mi honda cuita de pasión sabia!...

Olor de incienso, música sonora
y místico fervor en la amplia nave...
¡Cada nota del órgano canora,
como ave cristalina, frágil ave,
rima un ensueño y bendiciendo llora!

Y canta y reza el sacerdote anciano,
al resplandor de perfumado cirio.
Y el Buen Señor Jesús, el Soberano,
único Rey del mundo americano,
riega en la ara su sangre de martirio...

¿Por qué tornáis a mí las alas de oro?
El polvo de las ruinas os mancilla
santos recuerdos de mi bien que lloro.
¡La muerta dicha en orfandad deploro
—frágil deshecho— desde arcana orilla!

Ayl ante el ara, como siempre hermosa
y envuelta en niveo, consagrado velo,
prosternóse mi amada fervorosa;
cubrió de llanto su mejilla rosa:
¡virgen sin mancha, consagróse al Cielo!...

MADRE MIA

Al tenue resplandor de arcana aurora,
mi pobre ser deplora
su esperanza, su amor, su fe perdida...
Oh! enorme soledad! Profunda nada!
Oh! trágica jornada!
Oh! incomparable horror! Aciaga vida!

La dicha es gema de profundo arcano.
¡Incauto ser humano!
De Prometeo el redentor anhelo
gimiendo se halla entre cadenas rudas...
¿Será, decidme, la traición de Judas
la única puerta que nos abra el Cielo?...

Infinito Dolor —alma del mundo—
reinas en lo profundo
del ancho mar; la mole de granito
es tu solio; la humana criatura,
frágil cristal que enfoca tu amargura
en la honda lobreguez de lo infinito!

Treinta años ha que sobre el mundo lloro;
treinta años ha que adoro
lo arcano y lo insensible... Cuantas veces
busqué el amor y la amistad sincera,
mi seno desgarró la humana fiera...
¡Qué tremendos, Amor, son tus reveses!

Mas —divina ilusión, sagrado hechizo—
La Providencia quiso
que haya el hombre otro edén en la memoria.
Recordando su infancia, en la existencia
sueña el placer... ¡Es astro de inocencia
el Sol sin mancha de la Eterna Gloriat...!

Mi apacible niñez! Quién me diría
que tu recuerdo apague en mi agonía,
la sed que me devora?...
¡Aquí, a la sombra de la vieja casa,
como ave herida que su prole abraza,
me nutre con su sangre, y canta y llora!

¡Llora el perdido bien y el santo ensueño
del tiempo en que era dueño
de escucharte y volar a Ti, Dios mío!
Si hoy se remonta mi oración, manchada
surca las sombras... y tal vez la nada...
y muere en honda soledad de frío!

Llora también esa heredad florida:
en donde —de mi vida
única esencia, "corazón del alma"—
el arpa conquisté de mis cantares:
consolación de todos mis pesares;
solaz y abrigo, religión y calma.

Ah! en vano el mundo derramó veneno
en mi ardoroso seno!...

En vano ruge la tormenta fiera!...
La onda a mi pie deshácese en espuma;
mi barca es breve, cual de nivea pluma:
¡es el recuerdo de la edad primera!

Astro de amor y fe! Su luz inunda
mi soledad profunda:
¡la horrenda soledad de mi agonía!
Y otra vez rasga el ominoso velo
que en negras horas me ocultara el Cielo:
¡esa heredad de tu alma, madre mía!

Grata, más grata que la miel hiblea
me es tu voz, que la idea
de un Dios de caridad en mi alma enciende.
El perdón me enseñaste! y yo perdono
del mundo el negro encono!...
¡Mi ser contigo en la Oración asciende!...

MUSA MIA

En el niveo jardín de la Belleza
mis versos nacen, como enfermas rosas,
y muérense en la nada de tristeza:
¡en la nada... en la nada de las cosas!

Porque en su corazón Naturaleza,
como rosas de luz, abre las fosas,
oh! Musa!, brillan ya las mariposas
de mi incauta pasión sobre una huesa...

Onda de ensueño en que el amor estalla,
como el rudo aquilón en la espesura:
en esta noche de orfandad batalla

el formidable mar de la amargura,
y en vano tu arpa mi aflicción murmura:
¡el mundo nada escucha! El Cielo calla!

SUPREMA CONGOJA

¿Qué es la dicha? Gimiendo el alma se iba
arriba, muy arriba,
cuando una extraña voz me dijo: ¡Es ella!
¡Ella!, la sensitiva
del celestial jardín: ¡la última estrella!...

Y esta alma se iba en el profundo espacio
despacio, muy despacio...
¡Holló entre tanto la gigante Aurora,
en su enorme palacio,
mi pobre sensitiva brilladora!...

Y otra terrible voz, como de fuego,
me dijo: ¡Luego, luego,
sólo entre espinas brillarán tus rosas!...
La dicha es flor del ciego:
¡tormento en flor, la vida de las cosas!...

POBRE NIÑO

El bardo escucha prolongada, intensa
voz de gemido en su extranjera alcoba...
Ese algo que le nombra, que le piensa:
¿por qué el sosiego de sus noches roba?

Ah!, su alma, como nunca amedrentada,
—ave que el cierzo despojó del nido—
en vano esquiva el golpe de esa espada:
¡de un niño rubio el tímido vagido!

¡Grumo de mirra que en fatal corteza
destino fiero condensó! Perfume
que, en el ara sin luz de la Tristeza,
la Vida, como el fuego, ya consume!

Turba su calma en esa noche helada,
cual rudo torcedor de la conciencia:
¡que, la dicha rompiendo de su nada,
le impuso la crueldad de la existencia!...

OH! ESPERANZA!

Yo sé que hay sombras que en la noche vienen
embriagadas de amor y de hermosura,
y sé que hay otras que en la aurora tienen
la inmensa palidez de la amargura.

Jardinera de ensueños, jardinera:
¿talvez la sombra de la noche —dime—
habla de amor porque a la aurora espera;
pues la aurora que nada espera gime?...

Fue tu primera aunque imposible cita
en esa inmensidad sin lontananza
de la noche profunda de mi cuita.

Te asedia mi anhelar y no te alcanza...
Oh! deidad, imposible aunque infinita,
eres alma del Sueño, oh ¡Esperanza!

TREINTA AÑOS

¡Qué enorme soledad! Esta es la cima
de la existencia, oh! Dios, la cima helada.
Páramo denso... ¡Mi cadente rima,
como un eco de ayer, se hunde en la nada!

¿Es fuerza que la cumbre nos redima?...
Aquí se torna nieve inmaculada
la nube— fango que el ardor sublima
en la profunda y trágica hondonada...

No se escucha el fragor de la soberbia:
¡ese eco de la humana muchedumbre:
piélago de injusticia y de protervia!

¡Mas, ay!, qué horrenda soledad, Dios mío!
Sin odio ni rencores —mas, sin lumbre—
¡se muere en esta inmensidad de frío!...

Su astro el Misterio que en ocaso asoma
de helada luz crepuscular suspende...
y el alma, como tímida paloma,
con rumbo a lo ignorado, el ala tiende

Si el de ayer denso lago de Sodoma
nuestra humana virtud apenas hiende,
¿la nave en dónde está que surca y doma
el mar de fuego que el Arcano enciende?...

¡La tumba!... ¡Qué cercana!... Ingente brecha
por do la triste humanidad divisa
el horror del Abismo, que le acecha.

Abierta siempre, ostenta la ceniza
en que otra humanidad cayó deshecha...
¡Es, ay!, la mueca de una infame risa!

MAGNA GLORIA

Recuerdos, ¡ay! recuerdos!, parleras golondrinas,
que despertáis al grito que en mi orfandad retumba;
¡dormid! pues ya se acerca —dolientes peregrinas—
el sueño sin ensueños: ¡la noche de la tumba!

En esta vida frágil un lánguido gemido,
cualquiera rumor débil os turba y os espanta:
¡del corazón indócil el trágico latido;
la dulce voz del ave que al nuevo día canta!...

¡Qué bien se duerme en esas gigantes soledades
sin que jamás la aurora, con niveas claridades,
anuncie la llegada del enojoso día!...

¡Dormid!, clama Julieta, que a su Romeo esconde;
dormid! dormid!, Romeo, sin ansiedad responde:
¡la aurora del Eterno no asoma todavía!...

CORAZON

Este tormento en flor de muerta aurora
aquí en mi tarde reflorece más...
¡Corazón! corazón!, tu engaño llora:
¡no torna un sueño que murió, jamás!

Mariposa de encanto, peregrina,
perfumóse en tus flores la ilusión;
¡mas luego, luego traicionera espina
hirióla de esas flores, corazón!

¡Tormento en flor! En el Edén risueño,
las rosas de su amor, serán también
brotes fugaces de espinoso leño?...

Siempre entre espinas ha rasgado el bien
la frágil ala de perfume y sueño...
¿Será de ensueño el codiciado Edén?...

TORMENTA

Las sombras, negras sombras de caudas gigantescas
barrieron del espacio la mañana luz.
Retumba el sordo trueno —canción de las tinieblas—
¡La tierra es un cadáver! El cielo un ataúd!

¡La tierra es un cadáver! En la extensión vacía
puñado de tinieblas que arrastra el huracán.
Sin rumbo ni concierto, sin tiempo ni medida,
—engendro de la nada— decidme, ¿a dónde va?...

Rugiendo el mar batalla; la inmensa cordillera
enciende sus volcanes, con trágico fragor.
Relumbra el rayo horrendo, como sangrienta tea;
¡en medio el cataclismo, la rúbrica de Dios!

¡El rayo es el estigma! La rúbrica infinita
del Dios que en el Abismo lo más pequeño ve!...
¡Señor! Señor!, la vida, la frágil vida mía,
¿es mía o es del rayo?... Decidme, ¿de quién es?...

POBRE LILIANA

Conmoviendo otra vez con un gemido
la profunda quietud de lo pasado,
mi amor sacude el sueño del olvido:
¡que no es dado olvidar al desdichado!

Ay! duerme todo con la enferma tarde:
la ave en su nido y en el surco el germen:
duerme en su tumba el corazón, cobarde...
Los recuerdos de amor, ¿por qué no duermen?

¿Recuerdos de mi amor?... ¡Sombra querida,
en mi honda noche de orfandad sumida,
cómo pudiera conjurar la intensa

congoja de la eterna despedida!
¡Quién me diera ofrendarte, en una inmensa
lágrima de pasión, toda mi vida

¡Mi dicha fue! Del cielo de otros días
que el ensueño inundó con luz de aurora,
sólo quedan arcanas lejanías
que el alma en orfandad contempla y llora.

Lo arrasó todo el ciego cataclismo
que perdona mi vida sin amores.
Mas, si ella asoma —célico espejismo—
se cubre la honda soledad de flores...

¡Qué hermoso edén es la ilusión humana
cuando la enciende el amoroso anhelo!
Pareceme otra vez que mi Liliana,

mi gemido escuchando, rasga el velo
del hondo arcano y me señala el cielo,
diciéndome: ¡te aguardo, ven mañana!

¡Redentora visión! Sus ondas riega
de un sol de gloria la copiosa lumbre.
Es un jardín de amor la undosa vega,
y es el trono de Dios la excelsa cumbre.

De nuevo surge en medio la espesura
mi apacible, mi rústica cabaña:
¡blando nido de amor y de ventura,
sensible corazón de la montaña!

Porque ella conjuró las tempestades,
mi heredad, que hoy circundan los cipreses,
recobra su primor, sus claridades.

Relumbra el oro de copiosas mieses,
cubriendo de esplendor las soledades:
¡amor fecundo de los tibios meses!

Allá, en la falda gris de la colina,
bajo el cielo sin brumas de su historia,
y en piélagos de lumbre peregrina,
bajel de ensueños, de ventura y gloria;

Allá se yergue Cuenca, la sublime
reina triunfante de la tierra azuaya:
jarpa en que el genio del pasado gime
y el genio del futuro el himno ensaya!...

En ese nuevo edén ¡cuánta hermosura
y mágico esplendor! Cuánta alegría
en ese corazón de la Natural!

Allí, a mis ojos te ofreciste un día,
llenándome de amor y de amargura,
¡tormento amado de la vida mía!

—¡Iré contigo a la heredad —dijiste—
De vago y tierno afán mi alma está llena:
amo lo grande, silencioso y triste!...
¡Quién fuera de tu campo una azucena!—

Ay!, fue tu amante voz un breve arrullo
de tímida torcaz que canta y llora!...
¡Murió mi dicha en virginal capullo,
al astro sin calor de aquella aurora!

Mas, lumbre de oro mi heredad destella
y Dios los surcos con amor fecunda,
porque enflora mi campo al nombre de ella...

Perfume de otra aurora el alma inunda...
¡Es el recuerdo compasiva estrella,
única antorcha en la orfandad profunda!

¡Mujer y nada más! De las pasiones
en el rudo ciclón, átomo leve,
o, en flor de ensueño, néctar de ilusiones,
en que muerte de gloria el alma bebe...

Rubia linfa de arroyo cristalino
o sirte borrascosa en mar profundo;
oscura sombra, resplandor 'divino...
¡Es la congoja y el placer del mundo!

Astro de amor, de bien y de ternura,
los infinitos cielos enriquece
con piélagos de luz y de hermosura...

Mas, ay!, en negro ocaso desaparece,
cuando ese cáliz del ensueño apura:
¡que todo sueño con la sombra crece!

¡Quizá, dichosa, remontó su vuelo,
consumando en la tumba su dolencia!
¡Quizá me aguarda, en la mitad del cielo,
lá virgen del amor de mi existencia!

Copioso llanto su recuerdo baña:
llanto que toda la heredad inunda
y apaga el dulce hogar de mi cabaña!...
Oh! de las cosas vanidad profunda!

¿Y nadie acude a restañar mi herida
en esta soledad?... ¡Sombra querida,
cómo pudiera conjurar la intensa

congoja de la eterna despedida!
¡Quién me diera ofrendarte, en una inmensa
lágrima de pasión, toda mi vida!

LA TRAGEDIA UNIVERSAL

Fragmentos

.....

.....

LA PROVIDENCIA

"El hombre se agita, pero Dios lo conduce".

Bossuet

XLII

Allá, en la negra inmensidad sumido,
vibra un átomo apenas, como vano
destello en antro lóbrego: ¡perdido
rastro de luz en lo infinito arcano!...

Mas, de improvise, cual bridón gigante,
surge...! y emprende en rápida carrera,
llevando el rumbo fijo a la distante
fuente de vida... ¡celestial lumbrera!

Con impetu, creciente,
hacia ella avanza... Sin cesar avanza
de rayos circundada el áurea frente!

¡Y, cuando ya a beber su lumbrera alcanza,
en su torno —sublime, hermoso, ardiente—
fatiga esa ebriedad de loca danza!...

XLIII

¡Tal el humano espíritu, en remoto
confín, perdido vega!...
Circúndale el abismo!... De lo ignoto
lúgubre cierzo su fulgor apaga!...

Mas, un día —flamígero cometa—
presión extraña siente:
¡es el brazo de Dios que le sujeta
del Error sobre horrida pendiente!...

¡Ah!, sujétale Dios!... Astro es bendito
que, ebrio de amor, arrulla el Infinito,
como paloma en fervido reclamo!...

¡por él su trono en este mundo asienta
y abre los brazos en la cruz sangrienta,
diciendo: —¡Te amo, te amo!...

XLIV

¡Oh! inagotable caridad eterna!...
Aunque yazga la indócil criatura
siempre en vano anhelar, Dios la gobierna
y se cuentan sus pasos en la altura!!!

¡Tenaz dolor le hiere,
porque el fuego depura toda escoria!...
Trabaja y sufre ... ¡y en su pena muere!...
¡La fragua del martirio es sol de gloria!...

¡Ah!, sí: que el alma humana
—flor de las tumbas y el misterio, hermana
de las niveas estrellas— se ennoblece,

cuando entre tempestades peregrina:
¡tanto más el lucero resplandece,
cuanto es densa la sombra vespertinal!...

PROFETA XLV

¡Pero, ay!, que, en veces, Dios desde su altura
y oculto tras los velos del misterio,
en vano guiarnos al Edén procura...
¡Su ley es el Amor, el Bien su imperio!

¡En vano, sí: que el hombre deslumbrado,
de la pasión al vendaval entrega
su frágil nave y, huyendo, desolado,
por ese mar de sombra que navega:

tras la magia de pérfido espejismo,
lanza, entre sirtes, la tremenda quilla!...
¡Y, en la ebriedad de loco paroxismo,

recorre esa ardua y temerosa orilla,
do el vértigo se siente del abismo
y un fuego fatuo de pantanos brilla!...

ENSOÑACION GRANDIOSA

XLVI

Victima triste de moral dolencia,
Andrés, ya el bien en lo pasado inquiere...
¡Mas, todo está demás en la existencia
cuando la virgen ilusión se muere!...

¡Ay!, entre escombros, tormentas y vestiglos
mira a Clio, vertiendo claridades!...
¡Diosa augusta, coronase de siglos!...
¡Su ciencia es luminar de las edades!...

¡Al hombre —dice— el Bien le ofusca y ciega
que es de soberbia y vanidad su gloria!...
Polvo infeliz que amargo llanto riega;

rastro de luz que apágase entre escoria!...
¡Ferocidad y Error, en ruda brega,
la trama tejen de la humana historia!...

XLVII

¡Oh! tremenda visión! Oh! acerba diosa!
Mas... nuestro ardiente anhelo de infinito
que enciende una esperanza cariñosa
hasta en las turbias aguas del Cocito:

¡ya eleva un sol en esas preteridas
etapas, donde incógnitas naciones
ánforas fueron de gigantes vidas
de otras generaciones!...

¡Pues el germen divino de la ciencia,
como una flor de llama,
ya ilumina del hombre la conciencia:

¡ah!, ved, cual se derrama
turgente onda de gloria; en florecencia,
de otra edad en el vasto panorama!...

XLVIII

¡Oh! portento. Ya crece... ya se agita,
del Ararat en la rocosa cumbre,
y al valle acogedor se precipita,
la humana muchedumbre!...

Y, aunque asoma la de Africa candente
raza infeliz: de servidumbre eterna,
llevando estigma en la abatida frente,
por implacable maldición paterna;

de Sem la excelsa prole bendecida,
dignifica el placer de una existencia
al cumplimiento del deber asida;

y ennoblece Jafet su magna herencia;
¡que entraña en el honor la humana vida,
vistiendo al corazón de inteligencia!...

XLIX

Cual mies que el labrador esparce, avienta;
en campo arado, tras copiosa lluvia,
trocado en mares de esplendor ostenta
ese oro vivo de la espiga rubia:

tal, la humana simiente,
reproducida en inclitas naciones,
—de primavera en flor divina fuente—
cubre el mundo de gloria y bendiciones.

¡Allí, de asirios, persas y caldeos,
como estela de bravos paladines,
se ostentan por doquier magnos trofeos!...

¡Allí, lucen de Armenia el victorioso
cetro, de Babilonia los jardines
y de Rodas el inclito coloso!...

L

Soberbios, denodados, anhelantes,
ya ceñida la sien de eternos lauros,
la cuesta escienden horridos gigantes,
al raudo galopar de los Centauros!...

Y, en la cima, en rugiente torbellino,
abaten la cueldad del hado ciego,
—lóbrega noche de fatal destino—
arrebatando al dios el sacro fuego...

¡Ah! ved cómo, al calor de aquella lumbre,
ya enflora el magno reino de Antinea:
¡en el valle vigor, gloria en la cumbre!...

¡Atlántida gentil, en donde crea,
entre huertos de encanto, muchedumbre
de hadas y silfos, el Amor... la Idea!...

LI

¡Oh! semillero divinal de auroras!
Ya el humano cerebro entonces labra
del progreso esas formas triunfadoras
con el regio cincel de la palabra...

¡Y, con luz de las artes ilumina
los negros horizontes!...
Arranca el hierro de la oculta mina
y horada el seno de los pétreos montes!

Y, a la par del arado fecundante
y la espada fulminea del guerrero,
la lengua forja del clarín vibrante!...

¡Por donde quiera —augusto mensajero
de alto poder— dejando va, triunfante,
de honor y gloria espléndido reguero!...

¡Allí, los dioses del sagrado Nilo!...
¡Las eternas Pirámides —blasones
de una raza gigante— ¡Allí el asilo
de Jacob!... ¡y las místicas visiones!...

¡Abrese el Rojo Mar! Se hunde en su entraña
la estirpe maldecida;
¡mientras Moisés asciende la montaña,
camino de la tierra prometida!...

¡Leyes recibe en tronadora cumbre!...
¡Detiene al sol!... En hórrida contienda,
despedaza una inmensa muchedumbre!...

Y, más sublime tras la lid horrenda,
bañado en ondas de celeste lumbre,
ya fija en la heredad su heroica tienda!...

LIII

¡Allí de Jove el prodigioso imperio,
entre el fragor de insólitas campañas!...
¡Y del Buitre el sañudo ministerio,
y el renacer de miser as entrañas!...

¡Y el rubio Paris y la hermosa Elenal...
¡Vierte el astro de Grecia luz de gloria!...
Allí, de Troya en la sangrienta arena,
consagra Aquiles su inmortal victoria!

¡Homero eleva prodigioso canto
y, en la otra orilla de la mar undosa,
derrama Dido del amor el llanto!...

¡Mientras abre en Italia su áurea rosa
de Marte el vencedor laurel... y en tanto
su altar erige del saber la diosa!...

¡Y Roma surge! Espléndida heredera
de esas magnas riquezas del Oriente...
¡De libertad magnífica cimera!...
¡De justicia y honor ánfora ingente!...

El brillo de las artes; el estruendo
de las armas; sus inclitas victorias,
y el fulgor de las ciencias, van tejiendo
la excelsa trama de sus regias glorias!...

Y —dicha inmensa del linaje humano—,
a las plantas sucumbe el Paganismo
del gran pueblo romano,

cuando del seno del profundo abismo
—encarnación sublime del Arcano—
se eleva el Astro-Rey del Cristianismo!...

LV

¡Ah!, sí: que ese áureo Sol de hondo misterio
desde el remoto mar de Galilea,
ya enciende, sobre el mundo de Tiberio,
la vida de otra Ideal...

¡Y todo cambia! La fuerza que esclaviza,
ya, al pie de humilde cruz, como al de un trono,
se extingue... cuando el Mártir que agoniza
lanza el grito triunfal: —"¡Amo y perdono!"...

Y, mientras en el ámbito sombrío
retumba con fragor ese iracundo
estruendo del romano poderío:

—¡Soy la Verdad— exclama, moribundo...
—¡El mundo contra Mí se estrella impio;
mas, Yo he vencido al mundo!...

LVI

¡Allí... del César el encono fiero!...
¡La ensangrentada arena... La infinita
muchedumbre, esgrimiendo hiriente acero...
¡Y de otras fieras la implacable grito!...

¡Mas, ya la Galia férrea y la Bretaña,
la Escitia rubia, como rojo lirio;
como hórrido león, la heroica España,
conquistan la victoria...! en el martirio!...

¡Y Constantino, allí!... Lábaro hermoso
del firmamento elevase en la frente...
¡Gloria en el cielo y en la tierra gozo!

Vencedora la Cruz, desata el vuelo...
A la resplandeciente
con que la tierra se remonta al cielo!...

LVII

¡Ya es bienaventurado aquel que llora,
víctima triste de humana malicia,
desmejorado ser a quien devora
la sed inextinguible de justicia!...

¡Y aquel que, manso el corazón, procura
trocar la nube en iris de bonanza;
y hondas heridas de otras almas cura
con vendajes de amor y de esperanza!...

¡El que al albergue del hermano triste
lleva pan, luz y abrigo!...
El que al hechizo del Poder resiste

y es del ignaro y el humilde amigo!...
¡El que al honrado labrador resiste
y extirpa la cizaña y siembra el trigo!...

LVIII

Y pues, la Caridad ya es ley que obliga:
¡promulgada en la cima del Calvario,
va el Apóstol llevando, a la enemiga
gente, ese Pan de Vida del Santuario!...

Y refrigerio y paz al orbe entero
brinda en los valles y en los arduos montes
ese árbol de la Cruz, que el Misionero
plantara en ignorados horizontes!...

¡Ah! ved cómo la Reina de Castilla,
de pie sobre un peñón del hosco oceano,
la antorcha atiza de la Fe sencilla,

con que alumbra Colón el fiero arcano,
en cuyo seno tenebroso brilla,
—salvaje aún— el mundo americano!...

LIX

Ebrio de luz, de gloria, de entusiasmo,
como águila que posa en ardua cumbre,
Andrés, contempla, con sorpresa y pasmo,
de otros siglos la egregia muchedumbre.

¡Qué hermosa la jornada
de la humana progenie redimida!
Nó el rumbo lleva a la insondable nada:
¡la tumba es cuna de otra eterna vida!

¡Ya el Orden y el Derecho— nó la Fuerza
son norma fiel de todas las acciones
que opone el hombre a la fortuna adversa!...

¡En sólo un ideal los corazones!...
¡Ya es de la Cruz guirnalda siempre tersa
la fraternal unión de las naciones!...

.....
.....

EL LIBRO

LXXI

¡Es el moderno Alcides! Soberano
vencedor del Misterio y las edades!
¡Pasado y porvenir lleva en su mano,
como un haz de infinitas claridades.

Al FIAT de su augusta omnipotencia,
como a conjuro divinal, asoman
los nobles hijos de la humana ciencia
que lo imposible doman...

¡Es su cetro divino el Pensamiento!...
¡Su alcázar la Justicia!... El Sentimiento
su vergel, donde siega flores de oro!...

¡Y mientras todo error signa y condena,
rompe toda cadena,
consagrando en los hombres el decoro!...

LXXII

¡Tremendo luchador! Brazo de acero!...
¡Ah, cómo su épica estatura admiral!...
¡Ya arrasa cuanto fue, rugiendo fiero!...
¡Ya en antro inmenso de tormentas gira!...

¡Su yelmo al sol!... Su bélica armadura
la tierra, el mar, la bóveda estrellada!...
¡Su maza colosal vive... y apura
negra sangre... en el Báratro inflamada!

La serie de los siglos recorriendo,
avanza ¡Reduciendo
tantas cosas a miserás astillas!...

¡Allí... caen los tronos soberanos,
los templos y los sacros Vaticanos,
los sordidos cadalsos y Bastillas!...

LXXIII

Mas —soberano artifice— gobierna
los rudos elementos... y provoca
nuevo existir... ¡en comunión fraterna
del gas sutil con la ferrada roca!...

Ya en formidable rayo
—titán vencido, hercúleo prisionero—
en su áureo luminar... ¡Y, en magno ensayo,
su raudo mensajero!...

Y el fuego que calcina
y horrisono devasta,
truécase en ala y en vigor... —¿Fulmina

lampo rugiente en la llanura vasta?...—
¡Es la girante rueda que rechina
sobre esos rieles que comprime y gasta!...

LXXIV

¡Icaro inmenso, el aquilino vuelo
ya no en envidia el corazón le enciende;
porque también ha conquistado el cielo
y ese arduo imperio de los astros hiende...

Y, cual numen a quien lo ignoto place,
en la remota inmensidad aplica
al prisma refractor!... ¡La luz deshace
y halla la esencia que otro mundo implica!...

En sórdidas regiones,
el ritmo fija... ¡Y del primor decide
de esos, del canto eterno, magnos sonos!...

Sobre el disco del sol se alza y preside
el curso de las varias estaciones...
¡El equilibrio de los orbes mide!

LXXV

Y, en su ardoroso anhelo,
ya el gran secreto de la vida inquirere,
la entraña hendiendo del fecundo suelo:
¡do todo nace, cuando todo muere!...

Del átomo en el raudo vibrar halla
la forma y consistencia
de los seres diversos:... ¡Cuando estalla
o al parecer se duerme en la existencia!...

Y ese poder fecundo
de la infinita pequeñez admira:
¡la célula es el corazón del mundo!...

¡Oh!, mágico portento.
Fluyen de ella el Amor... el Odio... la Ira...
Y hasta esa lumbré excelsa:... ¡el Pensamiento!

¡El Pensamiento, sí! Fatal desvelo!...
 ¡Oh! del hombre infeliz visión extraña!...
 ¡Ya el alma que fingióse hija del cielo,
 no es otra cosa que una pobre entraña!...

¡Místico ensueño de embriaguez sublime!...
 ¡En toda inmensidad ala inefable!...
 ¡Sagrado ideal que la aflicción redime!...
 ¡De hermosa eternidad sed insaciable!...

¡Adiós, por siempre adiós! La venda rota,
 ya el hombre extiende su febril mirada
 por todo abismo de la noche ignota...

Y al fin columbra que, en la fosa helada,
 todo la muerte sin piedad lo agota...
 ¡La Ciencia es flor de nada!...

EN OTRAS CIMAS

XCV

¡Cuando estalló en pedazos
el igneo caos... al fragoroso grito,
irguiéronse los Andes, como brazos
con que la tierra asióse al infinito!...

En las cuencas profundas
que en el granito hiciera el terremoto,
la arcilla— sangre de épocas fecundas—
cubierto de verdor, eleva el soto.

Cual mágico espejismo,
barbota el agua reluciente, en la abra
que la huella marcó del cataclismo;

¡y, mientras la onda los peñascos labra,
tiembla el capullo al borde del abismo,
cual de una virgen tímida palabra!...

XCVI

¡Sublime Providencia!
Cada valle es, aquí, como áureo nido
que del peñón surgiera en la eminencia,
cual de la etérea cumbre suspendido!...

¡Ah! sobre el cráter, en lo arcano abierto,
bate el ala atrevida
—gigante airón del páramo desierto—
el cóndor, como heraldo de otra vida!...

Bajo el radiante cielo,
de pie sobre la cumbre,
y henchida el alma de inefable anhelo:

la humana muchedumbre,
aquí desata el vuelo
del genio... ¡en mares de infinita lumbre!

XCVII

Desde el cúlmen excelso, Andrés otea
el negro abismo del espacio... y sonda,
sobre el ala radiante de la Idea,
la eternidad inexplorada y honda!...

Pero, ay! que, en tanto, el cielo más comprime
dentro el divo cristal de Galileo,
ve que esa augusta inmensidad sublime
se extiende más y más... ¡como el deseo!...

A Dios buscando, en rápida jornada,
ya ese baluarte de lo inmenso roto,
mira a sus pies la bóveda estrellada...

¡Pero, ay! que en el remoto
confín —oscura linde de la nada—
sólo halla el orto de otro mundo ignoto!...

XCVIII

Su espíritu nutrido
con la doctrina santa del Calvario,
por vez primera se encontró perdido,
gimiendo en alta noche... solitario...

La Duda luego su mirada acorta
y, náufrago en el mar de la tristeza,
llora y maldice... ¡Tu piedad exhorta,
madre Naturaleza!...

¡Pero, ay!, su grito se remonta en vano!...
Ni un eco arrancan las humanas voces
de ese, de ayer, Olimpo soberano:

¡que hoy son los astros, al pasar veloces,
símbolos del silencio de lo arcano,
sarcófagos de luz de muertos dioses!...

XCIX

Esa inmensa quietud del combo cielo
—cúpula del abismo—
la voz no turba del humano duelo...
¡Se apaga el rayo: el cielo es siempre el mismo!...

La humana pequeñez yérguese en vano
y arranca el dardo que su entraña hiere...
¡Allá en la lobreguez del hondo arcano,
—pobre gota de luz— ¡qué pronto muere!

¡Ah! en este mar de sombra en que navega
—profunda noche que a tu ser escuda—
cuan solitario, oh, Dios, el hombre brega!...

¡Mudo el espacio! Tu clemencia muda!...
Huérfana el alma que la carne ciega!...
¡Señor, Señor, de tu existencia duda!...

.....
.....

MISERERE MEI, DOMINE

CIX

Mi herido corazón, que en lucha fiera
con la implacable adversidad, resiste,
¡Oh! Buen Señor Jesús, colmado espera
de ese licor que, al redimir, bebiste...

Es Tuyo, porque es cáliz de amargura...
¡Condensación extraña del gemido
en largos años de feroz tortura:
flor de un fuego voraz nunca extinguido!...

¡Ya en él tu labio pon!... Su última gota
que entrañe el cielo, así!... Tú bien lo sabes
que nivea fuente perfumada brota

en pétreos flancos de pendientes graves,
cuando hierde Tu Pie la roca ignota,
porque no mueren las sedientas aves!...

¡En él Tu Labio pon;... Larga existencia
 consagré vigilante al gran tesoro
 que me diera Tu Santa Providencia:
 ¡Barco de luz en piélagos de lloro!

Y de él asido siempre, al crudo embate
 de atroz tormenta impía,
 jamás mi ser se abate...
 ¡Oh! triunfadora, oh dulce Poesía!

Porque, Señor, me diste
 ese adorable don!... Porque en mi seno
 mi gran dolor con tu piedad ungiste:

¡en este atardecer, de cuitas lleno,
 mi voz levanto, clamorosa y triste,
 pidiéndote, Señor, que me hagas bueno!...

CXI

Por la Sagrada Herida:
—divina rosa en el costado abierta,
manantial de esas aguas de otra vida,
del prometido edén sublime puerta—:

¡más allá del abismo, tras el monte,
—de la honda eternidad, oh! Gran Collado—
descanso, en la amplitud del horizonte,
concede al tardo vuelo fatigado!

Pero, Señor, en tanto que ardorosa
sed atormenta al alma peregrina
que en este valle de orfandad solloza:

¡deja que cante, sobre cada espina
—voz de la tarde, endecha lastimosa
de la eterna aflicción— la golondrina!

CXII

¡Ah!, el curso contemplando de los siglos,
—tremenda catarata
de llanto y sangre, endriagos y vestiglos,
que en la infinita noche se dilata—

he visto entre esas hondas lobregueces,
cómo el hombre, a la par que victimario,
es mártir: liba del dolor las heces...
¡Único astro, la cima del Calvario!...

Y esa horrible tortura
—engendradora del progreso— es bella
anunciación de gloria y de ventura:

¡pues la hoguera que fúnebre destella,
devorando una misera criatura,
truécase siempre en redentora estrella!...

¡OH! ¡LAGO!

CXIII

Rompi la copa del amor... y en vano
rasgó mi seno perdurable herida:

¡Cómo implacable ley, tremendo arcano,
condéname a la vida!...

En vano lucho y mis cadenas muerdo...
¡Surcando en pena tus dormidas olas,

oh! hermoso lago azul, con mi recuerdo
ya otra vez, ya otra vez me encuentro a solas!

Morir es conjurar las ansiedades...
¡Pero, ay!, que mientras mi doliente lira,

entre el fragor de locas tempestades,
el trueno ensaya que la tumba inspira,

mi corazón derrama claridades
de inextinguible y torturante pira!...

CXIV

Errante sombra de un ensueño vago,
peregrinando, hollé la oscura trocha
por admirarte, oh! lago!,
—sepulcro de una raza— Yaguarcocha!

Soñé un instante sollozar contigo,
o en tu ribera hallar silencio y calma;
mas ¡ruge, en tanto que tu paz bendigo,
en mi la fiera tempestad del alma!

Como el recuerdo de otro bien que adoro,
tu vieja historia mi ansiedad encona,
¡oh, de las cumbres piélago sonoro!

De gran victoria el esplendor te abona...
Sé lo que eres un mar de sangre y lloro,
porque eres joya de imperial coronal...

CXV

En ti la raza de los Shyris, grande,
halló su eterno ocaso,
¡porque domara la cerviz del Ande
de otro más fuerte el poderoso brazo!...

Y gota inmensa de la sangre humana
llegaste a ser una hora!...
Reina en doquiera la impiedad tirana...
¡Ah!, dime, ¿quién no llora?...

Después, ... sangriento lago,
aquellas huestes que tu entraña esconde
vengadas fueron de su inmenso estrago:

¡que, en el imperio de los Incas, donde
reina hoy la afrenta de un olvido aciago,
nada... ni un eco a tu clamor responde!...

CXVI

Tras la implacable y fiera llamarada
del fuego horrendo que abrasó en Pavia,
de ese imperio de ayer no queda nada...
¡Su historia, como fúnebre elegía!

Mas... ¡déjame vagar en tu ribera,
oh! lago azul, con mi recuerdo a solas!...
¡Concertaré mi queja lastimera
con el rumor funéreo de tus olas!...

¡Hermanos somos! Si en tu oscuro seno
duerme una raza —misera, proscrita—
en tálamo de cieno:

¡del humano infortunio, esa infinita
nostalgia, como enervador veneno,
cala en mi entraña, en perdurable cuita!...

CXVII

¡Ah! todo cambia, cual versátil onda:
¡sólo es Dios inmutable!
¡Dios que perfuma y riza, como blonda
cabellera, la bóveda inefable!...

¡Emana de su aliento esa infinita
extensión que radiosa centellea!...
¡Su Providencia sin cesar palpita
en el átomo, el germen y la idea!...

Sobre el hórrido abismo, como puente,
tendido yace el brazo:
su Brazo omnipotente!

Y, cuando apaga un sol en el ocaso,
recama del oriente
con astros, como flores, el regazo!

CXVIII

¡Ah! ¿quién me diera desatar el vuelo,
rota la cárcel de este pecho mío;
coronándose el alma, en su desvelo,
con esas niveas flores del vacío?...

¡Como hórrida montaña,
me abruma el peso de esta vida triste!...
El universo ya mi llanto baña:
 ¡pero, ay!, mi pena existe!...

Cuando mi queja lúgubre retumba;
cuando mi enorme soledad exploro:
 ¿quién me abriera una tumba?...

¡Túrgidas ondas que amargó mi lloro,
dejad que el cierzo que agitándoos zumba
lleve mi eterno adiós al bien que adoro!...

ESTRELLA VESPERTINA

CXIX

Cual pródigo fanal que súbito arde,
un albergue enseñando en noche umbria:
¡así, de Andrés, en la brumosa tarde,
se enciende un astro que al edén le guía!...

¡Divina antorcha! En la ignorada playa
del mar sin fondo del olvido, ... donde
reina la noche sin aurora ... ensaya
rasgar la niebla que su dicha esconde!...

Si: áurea consolación de su honda pena,
al reclamo elevóse del gemido:
¡mística copa de esperanzas llena!...

¡Y Andrés —doliente ruiseñor herido—
cabe la palma en flor de alba azucena,
ya tiene blando y primoroso nido!...

Si: el desdichado Andrés un hogar tiene
y un ángel que sus lágrimas recoja...
¡Allá, en la sirte, abandonado viene
sus negras ansias de mortal congojal!

¡Con qué inefable empeño
consagra a su deber toda la vida!...
¿Su gloria?... El bien del adorado dueño:
¡primera flor de su heredad querida!

Y otra vez el trabajo que redime
fecunda la aridez de esa montaña,
donde el recuerdo de su infancia gime!...

¡Si huye del mundo, en actitud huraña,
a Dios adora, con ardor sublime,
en el tibio rincón de su cabañal!...

CXXI

¡Adora a Dios! Así la golondrina
que al crudo invierno atravesó los mares,
cuando la primavera se avicina,
trinando, vuelve a los nativos lares!...

¡Adora a Dios! Mas, ay! que, en el oscuro
seno del porvenir, la humana fiera
ya atisba cruel... ¡Oh! dicha del futuro!...
¡Visión falaz de insólita quimera!...

¡Pues, ya la Insidia traza
la ruina de ese hogar, que, su irascible
condición, el ajeno bien rechaza!...

¡Ah! con tesón arraiga indestructible
en los cimientos de esa humilde casa!...
¡Conjurar la desdicha es imposible!...

CXXII

¿Venganza?... ¡Nó!... La abrasadora pira
ya apaga el cierzo que en la tarde zumba!...
—¡Perdón y olvido! ...— resonó su lira,
rompiéndose en la cruz de aciaga tumba!...

¡Ah!, en la mar del encanto, sin ribera,
en esa inmensidad, sin lontananza,
sobre un bajel de mágica quimera,
ya el faro columbró de la esperanza!...

¡Mas, de la Insidia al fermentido halago,
como a impulso de horrendo paroxismo,
su amada compañera, en día aciago,

mirando reflejado el cielo mismo,
buscó en las ondas del turgente lago
ese trágico cielo del abismo...

CXXIV

¡Amar es padecer. De encantos llena,
cayó del cielo esa infeliz paloma
y en el seno asilóse de su pena,
como en la cineraria suave aroma...

¡El pan de la Oración, miel de ternura,
Andrés le daba, con amante anhelo!...
De toda mancha preservó su albura:
¡que en su alma quiso remontar al cielo!...

Mas, ay! que, como flor que el torbellino
despedazada arroja
sobre el árido polvo del camino:

tal, de ese idillo, al corazón despoja
el soplo airado de feroz destino...
¡Tumba del alma su mortal congoja!

.....
.....